

Un humor indecente

Mercedes Monmany

1 junio, 1997

Marrnadas

MARIE DARRIEUSSECQ

Anagrama, Barcelona, 1997 152 págs.

Trad. de Javier Albiñana

¿Hay algo que pueda sorprender hoy en día a un lector? Teniendo en cuenta que ya ha habido personajes que se han despertado transformados en escarabajo o que han narrado sus desventuras como rata de cloaca o como monstruo humano creado en un laboratorio, parecía que ya nada podía golpear sensiblemente en el atiborrado recipiente mental que cada humilde lector pone a disposición de los incesantes emisarios de novedades jamás sospechadas. Pero se ve que no era así. Faltaba algo tan chocante como el diario de una cerda. Y en efecto, el año pasado, un primer libro de una joven profesora de la Universidad de Lille, nacida en Bayona, en 1969, Marie Darrieussecq, conmocionó totalmente el panorama literario francés y parte del europeo. *Marrnadas*, que así se llamaba el libro, con unas pulverizantes y muy bien dosificadas dosis de humor negro e insolencia, narraba la transformación en cerda de una empleada de perfumería ingenua y sentimental, a la que la vida de repente la atacaba por todos los flancos y en la que tenía que sobrevivir con unas cuantas pezuñas de nuevo cuño, con una piel dura como el cemento, seis tetillas, un rabo incipiente, unas orejas cada vez más afiladas y una tendencia incontrolable a andar a cuatro patas y a hacer las cosas más asquerosas y nauseabundas que la mente higiénica de un ser humano pudiera imaginar.

Leyendo *Marrnadas* uno se da cuenta de que está ante algo más que un éxito ramplón y vulgar de temporada. Descubierta por el mítico, e incansable a pesar de su edad, editor Jérôme Lindon, Marie Darrieussecq ha sido relacionada desde con Kafka y Beckett, hasta con las fábulas fantásticas y sarcásticas de ese estupendo y demoledor autor que era también Marcel Aymé. Y hay un poco de

todo: en su provocador relato esta escritora da muestras de una imaginación, una frescura y un dominio de la narración realmente insólitos desde hacía tiempo en jóvenes recién llegados a la literatura. A ello se une una regocijante y desenvuelta originalidad y una capacidad muy lograda para ir construyendo a su paso ambientes corales, orgías desbordantes y una confusión de fin del mundo absolutamente atronadora. Apocalíptica y despiadada, Darrieussecq ha escrito una fábula atroz y cruel, en medio de un fin de siglo barbarizado, en el que los animales o los cruces de ellos parecen ser los depositarios del último sentido común del planeta o de los restos de algo un día llamado humanidad. Sarcástica y delirante, de todos modos, esta fábula futurista se cuida mucho, en todo momento, de ser moralizante. Al contrario, escéptica, desafiante, provocadora, da rienda suelta a todo lo más bajo y lo más abyecto de nuestra condición. Todo en el libro de Marie Darrieussecq está lleno, como la misma protagonista anuncia al principio, de indecencias. Y habría que añadir que también rezuma insalubridades, repugnancia y todo el sufrimiento posible de seres a la deriva, abandonados como en un Arca de Noé del cataclismo, a merced del caos y el extravío más total en una pesadilla y cacería que parece no tener fin.

Narrada desde el momento inicial de su metamorfosis, es decir, desde que la protagonista, asqueada por los bocadillos de salami, se pasa a los de patata cruda, poco a poco, la epopeya de esta apetitosa y tórrida dependienta, en realidad masajista en una casa de relax que hace las veces de perfumería, se va convirtiendo en una lucha feroz por salvar el pellejo. Estamos en un París amenazante y siniestro de un futuro muy cercano, tanto como el de un fin de siglo perfectamente reconocible, que celebra durante el libro, con diversas y sanguinarias bacanales de caída del Imperio Romano, la tumultuosa entrada en el tercer milenio. En él, en este futuro cercano donde se paga con euros, donde reina de una forma brutal y absolutista una estirpe de gobernantes compuesta por depravados y puros malhechores amantes del pillaje y del desorden, se adora a nuevos dioses paganos en catedrales construidas en el mismo Arco del Triunfo.

Después de guerras, persecuciones y hambrunas, después de pasar de ser una reina del sexo a un cuerpo gordo, sonrosado y pestilente rechazado por todos, la cerda-mujer aceptará por fin plenamente su dualidad al enamorarse con locura de un hombre-lobo, el único que la quiere y la desea tal cual es. Una vez planificada su vida en común con el que antaño fue poderosísimo hombre de negocios, estos dos cruces insólitos de la naturaleza compartirán tranquilas veladas de luna llena («yo me comía la pizza, él el repartidor») y hallarán por fin la felicidad, aislados y alejados del resto de la barbarie. Pero la televisión entrará un día en casa y con ello la desestabilización de la pareja. En el programa *Su familia le echa de menos* la madre de la joven cerda-mujer sale lloriqueando y pidiéndole que regrese, animada por la nueva y fulgurante carrera que ha emprendido como amante secreta de un potentado. Ese será el fin de todo. La cerda, a fin de cuentas, sigue siendo demasiado humana y acudirá sin pensárselo a la llamada de su madre, ahora convertida en propietaria de una próspera granja clandestina de cría de cerdos. Salvada por los pelos de la matanza, la cerda se escapará y rehará su vida en el campo. Instalada en un calvero confortable y liada con un jabalí, se pondrá a escribir, a duras penas, hasta donde las pezuñas le permiten, su diario en el que recuerda sin nostalgia su vida como chica joven y despampanante.